

cal. Ni Carlos X ni el Delfin pudieron resistir á semejantes halagos; la corte toda se dejó mecer dulcemente en aquellas ilusiones engañosas, creyendo que solo debia sacrificar á los Jesuitas para poder dormirse confiada al inusitado arrullo de las caricias del liberalismo.

#### CAPÍTULO IV.

Los Jesuitas y la enseñanza. — Disposiciones de los Obispos en favor de la Compañía. — Sus resultados. — Rivalidades de la Universidad. — El P. Lorient en Saint-Acheul. — Su *Historia de Francia*. — Exámen de los cargos que se dirigen contra esta obra. — El marqués de Bonaparté, teniente general en nombre de Luis XVIII. — Imprecaciones contra el Emperador. — Mr. Dupin en Saint-Acheul. — Sus relaciones con los Jesuitas. — Los cordones del pálio y las venganzas de partido. — Previsiones del P. Lorient. — Los Jesuitas de Saint-Acheul acusados de gobernar la Francia. — Su verdadera influencia. — El *Constitucional* y sus mentiras. — El conde de Montlosier publica su *Memoria consultiva*. — Todo tiende á pervertir la opinion. — El partido clerical desenmascarado por Montlosier. — El ultramontanismo y los liberales. — El noviciado de Montrouge. — Atentado contra la vida del P. de Brosse. — Su carta. — Lo que era Montrouge, segun los periódicos liberales, y lo que fue en realidad. — Animosidad contra el Clero sostenida por la prensa. — Folletos de Marcial Marcet. — Elogios que le tributa el *Constitucional*. — Arrepentimiento del apóstata. — La prensa monárquica en presencia de esta conspiracion. — La *Gaceta de Francia* defiende á los Jesuitas. — El ministerio Villèle. — El nuncio apóstolico Luis Lambruschini aconseja presentar una ley que señale una existencia legal á la Compañía de Jesús. — Caída del Ministerio. — El ministerio Martignac se empeña en perseguir á los Jesuitas. — Apóyale la Revolucion. — Entrevista del Rey y Lambruschini. — Decision que formulan los Ilmos. Sres. Frayssinous, de Cheverus y Brault, obispo de Hermópolis el primero y arzobispos de Burdeos y de Alby los últimos. — Comision de informacion sobre las escuelas eclesiásticas. — La minoría y la mayoría. — Declara la Comision ser anticonstitucional el influir en las ciencias. — Los pequeños Seminarios y la Universidad. — Informes de la Comision. — Mr. Feutrier, obispo de Beauvais, ministro de los Asuntos eclesiásticos. — Las dos órdenes de 16 de junio de 1828. — Satisfaccion de los liberales. — Sentimiento de los Católicos. — Labbey de Pompières en la tribuna de la cámara de los Diputados. — Actitud del Episcopado. — Los Obispos reunidos en París dirigen una circular á sus colegas. — Gravedad de la situacion. — Apela el Rey á la prudencia del Nuncio. — Su conferencia en Saint-Cloud. — Lambruschini y el Episcopado francés. — Carta del Arzobispo de Amasie á sus cohermanos. — No quieren los Obispos someterse á ninguna transaccion. — Pronúncianse setenta Prelados contra los decretos de Portalis y Feutrier. — El cardenal de Clermont-Tonnerre presenta al Rey la memoria de los Obispos. — Conviénese en que esta Memoria no se publicará, y en que el rigor de los decretos será modificado en su ejecucion. — El abate de La Chapelle y sus circulares. — Mision de Mr. Lasagny en Roma. — Nota de Lambruschini al cardenal Bernetti. — Medidas aconsejadas por el

Nuncio.— Leon XII no quiere decidirse.— Escribe el cardenal Bernetti al Ministro de Negocios extranjeros.— Publicase la memoria de los Obispos.— Toma la iniciativa el cardenal Latil para hacer cesar la guerra.— Anuncia la nota de Bernetti.— Sospechas de los Obispos.— La prensa monárquica.— Viendo el Ministerio la desunion del Episcopado, deja de cumplir sus promesas.— Nota de los Obispos para conciliar todos los intereses.— Los señores de Vatimesnil y Feutrier obligan á los Obispos á declarar que sus profesores no forman parte de ninguna Congregacion que no esté autorizada por las leyes.— Abandonan los Jesuitas sus colegios.— Encargos que les hace su provincial Godinot.— Protestas de la Francia católica.— Los Consejos generales y el *Constitucional*.— Popularidad de los Jesuitas.— El ministerio Polignac.— Los Jesuitas promotores de los golpes de Estado.— Los Jesuitas, la camarilla y el Nuncio del Papa.— Los Jesuitas incendiarios.— Denuncia de un apercibido por la justicia.— La revolucion de julio y la comedia de quince años, explicadas por el *Globo* y el *Nacional*.— Confesiones hechas sobre la conducta de los Jesuitas despues de la revolucion.

Al atacar á la Congregacion habian calculado los enemigos de la Iglesia y de la monarquía admirablemente sus golpes; hacian impopulares á los realistas, y arrojaban sobre los hombros de los cristianos un manto de hipocresía. No era esto aun mas que una parte de la mision que se habian impuesto; pues les faltaba todavía aniquilar á la generacion presente y matar sobre todo á la generacion futura. Sostenidos los Jesuitas por el Episcopado, y animados por la confianza de los padres de familia, hacian dentro los límites de la ley cruda guerra á la Universidad y á sus tendencias, á pesar de que no contaban en 1826 mas que con doce casas, esto es, ocho colegios, dos noviciados, y dos residencias. En lugar de procurar extenderse preferian asegurarse, y por esto se les veia entregados sin descanso á su obra, siendo apreciado su sistema de educacion comparado con el de la Universidad misma. Establecido este paralelo, numerosas fueron las deserciones de los colegios Reales cuyos alumnos entraron en su mayor parte en los pequeños Seminarios. Los Obispos de Strasburgo, de Luçon, de Limoges, de Avignon, de Bayona, de Aire, de Orleans, de Belley, de Tolosa, del Mans, de Coutances, de Angers, de Montpellier, de Carcasona, del Puy, de Perigueux, de Rennes, de Châlons, de Besançon y de Sens, se hacian en los años 1821 y 1822, intérpretes de sus diocesanos, pidiendo jesuitas. El abate Mongazon, fundador del colegio de Beaupreau, cuyo nombre es todavía bendito por los angevinos, y el abate Capitaine, que elevaba á tan alto grado de esplendor el pequeño seminario de Servièrre, suplicaban á los jefes de la Órden que aceptaran de sus ma-

nos la direccion de aquellos establecimientos. Las casas de Magnac y del Dorat les fueron ofrecidas tambien bajo las mismas condiciones. Desde el fondo de los Ardennes, así como de la Normandía, de la Ardeche y del *Alto-Rhin*, del Yonne y de la Vendée, escribian ricos personajes al Provincial de los Jesuitas poniendo á su disposicion muchas de sus propiedades para que las transformaran en otros tantos colegios, cada uno de los cuales seria considerado como una dicha verdadera para el departamento. No debian realizar ningun beneficio, ni deducir ningun gasto; por lo que les era permitido procurar al mas infimo precio, y hasta á veces gratuitamente, la educacion de la juventud.

Pronto no bastaron sus pequeños seminarios para contener á los numerosos alumnos que de todas partes se les dirigian; la Universidad, que no dejó de conocer desde luego el peligro que la amenazaba, formó causa comun con los enemigos del Instituto. Poseian los Jesuitas en Saint-Acheul, junto á Amiens, una escuela cuyo nombre vino á ser el grito de guerra lanzado por los liberales, en razon de recibir Saint-Acheul dentro sus muros á los hijos de las familias mas ilustres de Francia. Allí florecieron las bellas letras y la piedad juntamente; los deberes, los estudios, los placeres, todo estaba allí trazado con la mayor perfeccion, con el órden mas completo. Tenia aquella casa-modelo por jefe á un hombre de un carácter á la vez dulce y firme, y de un talento penetrante y ameno: tal era el Padre Loriguet, nacido en Épernay el 5 de agosto de 1767, el cual se consagraba sin descanso á la instruccion de la juventud; á este fin escribió diferentes obras elementales y entre ellas una *Historia de Francia*. Escrita esta en una época en que estaban las pasiones políticas en su mayor efervescencia, eran juzgados en este compendio los acontecimientos y los hombres de la Revolucion conforme á sus obras sin tenérseles consideracion alguna. Notáronse sobre todo en su segunda edicion algunos pasajes en los cuales nadie se habia parado en un principio, pero que la reaccion en favor de Napoleon y el odio del liberalismo contra los Jesuitas hicieron aceptar despues como la opinion inmutable de la Sociedad de Jesús. No se tuvo en consideracion si el P. Loriguet, al igual que sus contemporáneos, modificó despues un tanto sus ideas, y si corrigió, enmendó, ó moderó aquellos pasajes en las ediciones subsiguientes. Nada se perdonaba al Jesuita, ni el entusiasmo de 1814, ni la irritacion de 1815; habia participado de la exaltacion general, y esto bastaba para que

se pretendiese hacerle á él exclusivamente víctima de aquella. Su obra fue mirada como el tipo del fanatismo y de la mala fe: leíase en ella<sup>1</sup>:

«Así terminó la jornada llamada del 18 brumario. Acostumbrados los parisienses desde mucho tiempo á las revoluciones, fueron pacíficos espectadores de la del 18 brumario. Habían olvidado, á lo que parece, que el jefe que iba á señalarles aquella era el mismo que degolló á sus hermanos en las calles de la capital; lo que no sabían entonces aun, era lo larga que debia ser su dominacion que tanta sangre y lágrimas debia costar á la Francia; pero entraba en los designios de la Providencia el establecer sobre sus cabezas al que estaba destinado á ser el azote de Europa y el ejecutor ó verdugo de un pueblo culpable de todos los delitos de la Revolución.»

Después de haber referido la campaña de Rusia y sus fatales consecuencias, añade Loriquet algunas reflexiones que desaparecieron mas tarde de su obra.

«Tal fue, dice<sup>2</sup>, el resultado de la empresa mas insensata y funesta que nos recuerdan los anales del mundo. Al recorrer la historia antigua y moderna se verá que jamás hubo ningun ejército tan formidable ni por su número ni por su valor y disciplina que experimentara tan terrible derrota. Para encontrar una catástrofe que le sea comparable es preciso remontarse á los tiempos de Faraon en que fueron sepultados en el mar Rojo los seiscientos mil egipcios.

«Si queremos mostrarnos atentos á las miras de la Providencia, debemos reconocer necesariamente en el desastre de los franceses el castigo de las devastaciones, de los asesinatos, de los sacrilegios y de las atrocidades de toda especie de que se hizo culpable por espacio de veinte años aquel ejército siempre reclutado en las filas de la Revolución, y entregado, menos aun por carácter que por costumbre y por gusto, á toda clase de atrocidades y delitos. La justicia divina se sirvió de él para sembrar el terror y la desolacion en el vasto campo de Europa; pero desde el momento en que hubo llenado su mision aquel terrible azote, vióse á su vez deshecho por un soplo del Todopoderoso que le hizo desaparecer de la faz de la tierra. Si se considera además que tenia Dios fijadas sus mira-

<sup>1</sup> *Historia de Francia*, tomo II, pág. 285 (edicion de 1816).

<sup>2</sup> *Ibidem*, pág. 321.

«das de misericordia sobre la Francia y la familia de san Luis, se concebirá fácilmente tambien que entraba en la ejecucion de sus altos designios el libertar á una y otra de una generacion impia y sanguinaria, que despues de haber devorado á la Europa, habia devorado á su propio país, y eternizado la dominacion del tirano cuyo poder y furor sostenia.»

Termina tambien Loriquet la relacion de la batalla de Waterloo con estas terribles palabras<sup>1</sup>:

«Aquel momento fue decisivo: Bonaparte perdió el juicio, pues abandonó su ejército y desapareció. Pronto se desbandaron la mayor parte de los cuerpos, empezando desde luego la derrota mas completa: en tan apurado trance distinguióse la Guardia imperial por un acto de desesperacion del que ofrece la historia rarísimos ejemplos. Circuida por todas partes y colocada bajo el fuego mortífero de la metralla inglesa, se la invitó á rendirse: ¡*La Guardia imperial puede morir, pero jamás rendirse!* Tal fue la contestacion de aquellos furiosos, que empezaron desde luego á hacerse fuego entre sí y á sacrificarse á la vista de los ingleses, que contemplaban con un estremecimiento de horror aquel extraño y sangriento espectáculo.»

Desaprobamos altamente esos errores é injustos juicios; y hasta el mismo Loriquet en las ediciones posteriores á la de 1816 corrigió la mayor parte de aquellas exageraciones; pero entonces cada uno se creia obligado á dirigir un insulto ó reconvencion á Bonaparte y á su ejército. Mientras se expresaba de aquel modo el Jesuita, el hombre cuyo patriotismo enaltecen los partidos todos, Chateaubriand, hacia expiar al Emperador su gloria y sus atentados, exclamando en 1814<sup>2</sup>, y haciendo reimprimir en 1816, los siguientes cargos:

«¿Cómo explicar las faltas de ese insensato? No trataremos aun de sus crímenes.» Luego, despues de haber referido el asesinato del duque de Enghien, añade el autor de *la Monarquía segun la Carta*: «Solo resta al ser mas degradado de la especie humana por un crimen, afectar colocarse sobre la humanidad, dar por pretexto á una crueldad razones incomprensibles al vulgo, y hacer pasar y considerar un abismo de iniquidad como el colmo del genio.»

«Ha hecho, continúa Chateaubriand hablando de Napoleon<sup>3</sup>, mas

<sup>1</sup> *Historia de Francia*, tomo II, pág. 325 (edicion de 1816).

<sup>2</sup> *Bonaparte y los Borbones*, por Mr. de Chateaubriand, pág. 2.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pág. 9.

«mal á los hombres, y corrompido mas al género humano en el corto período de diez años, del que le hicieron y corrompieron los tiranos juntos de Roma desde Neron hasta el último perseguidor de los cristianos. Los principios que servian de base á su administracion eran inculcados por su Gobierno en las diferentes clases de la sociedad; porque un Gobierno perverso desmoraliza los pueblos, así como un Gobierno sábio hace fructificar en ellos la virtud. La irreligion, el amor á los placeres y el lujo excesivo, el desprecio de los vínculos morales, el gusto por las aventuras, violencias y dominacion, pasaban desde el trono á las familias: por poco tiempo mas que hubiese durado semejante reinado, no habria sido la Francia mas que una guarida de bandidos.»

Al llegar á la conscripcion, que llama *el código del infierno*, Chateaubriand refiere<sup>1</sup>:

«Habia llegado á tal punto el desprecio que se tenia por la vida de los hombres y por la Francia, que se llamaba á los quintos ó conscritos, la primera materia ó sea carne para el cañon. Agitábase algunas veces una gran cuestion entre los abastecedores de carne humana, á saber: cuánto tiempo vivia por lo regular un quinto; unos pretendian que vivia tres años menos tres meses, y los otros sobre tres años: el mismo Bonaparte decia: «Tengo trescientos mil hombres de renta.» Hizo perecer en los once años de su reinado mas de cinco millones de franceses; cuyo número sobrepaja de mucho al de las pérdidas que se experimentaron en todas las guerras civiles que devastaron la Francia durante tres siglos, bajo los reinados de Juan, de Carlos V, de Carlos VI, de Carlos VII, de Enrique II, de Francisco II, de Carlos IX, y de Enrique IV. En el año que acaba de finir, hizo Bonaparte una quinta (sin contar la Guardia nacional) de un millon trescientos mil hombres, resultando mas de cien mil hombres por cada mes. ¡Y hubo aun quien se atrevió á decirle que solo habia empleado el exceso de la poblacion!

«Desangrado por su verdugo no pudo hacer al fin ese cuerpo extenuado mas que una débil resistencia: no era aun la pérdida de hombres el mayor mal que producía la conscripcion, sino sus tendencias á sepultar á la Francia y á la Europa entera en la barbarie.»

No para aquí Chateaubriand, sino que hace luego un retrato del Emperador que tiene mas de un punto de semejanza con el que del

<sup>1</sup> Bonaparte y los Borbones, pág. 2, 6 y 17.

mismo bosquejó el Jesuita. «Cuando Dios, dice Chateaubriand<sup>1</sup>, envia al mundo á los ejecutores del castigo celeste, todo cede y se callana ante ellos, logrando por este medio sucesos extraordinarios por mas que no sean un talento sino una medianía. Nacidos entre las discordias civiles, beben esos exterminadores sus principales fuerzas en los males que les engendraron y en el terror que inspira el recuerdo de aquellos mismos males; por este medio logran la sumision del pueblo en nombre de las calamidades que les dieron el ser. Á ellos solos les es permitido degradar y envilecer, sofocar el honor, perder las almas, empañar cuanto tocan, quererlo y atreverse á todo, reinar por la mentira, la impiedad y el terror, hablar todos los lenguajes, fascinar todos los ánimos, engañar hasta la razon, y hacerse pasar por vastos genios cuando no son mas que bandidos vulgares; porque la excelencia en todo no puede ser nunca separada de la virtud. Llevando á remolque á las naciones seducidas, triunfando por el número, deshonorados por cien victorias, con la tea en la mano y los piés encharcados en la sangre van hasta el último confin del mundo como hombres embriagados por la sed de sangre y de gloria, impulsados siempre por la mano de Dios, á quien desconocen.»

Tambien en 1814 y en 1815 pesó sobre el Emperador una de esas fuertes imprecaciones que todavía resuena, por decirlo así, en todos los escritos de aquella época: Carnot es tan explicito sobre este punto, como Luis Felipe, duque de Orleans; y Benjamin Constant y Pasquier no lo son menos que el mariscal Soult y que Lainé. Los periódicos, las obras todas que se dieron á la estampa, así como todas las poesias de aquella época, llevaban impresa la huella de la cólera de un pueblo que tan pronto debia pasar de los excesos del furor á la admiracion mas exagerada. Bonaparte ha sido considerado por todos como el buitre de Córcega, como el tigre que se alimentaba con la sangre de la Francia: todos maldijeron entonces aquella gloria abatida, que la comparacion y el entusiasmo debian despues levantar tan alto. Todos inventaron nuevas palabras, y apóstrofes los mas amargos para ajar como el vizconde de Chateaubriand la conducta de aquel «que descendió como Genserico hasta donde la cólera de Dios le llamaba. Esperanza de todos los que habian cometido y de todos los que meditaban un crimen, se presentó, y

<sup>1</sup> Bonaparte y los Borbones, pág. 42.

«salíó con la suya<sup>1</sup>.» Esas injusticias ó iniquidades de los partidos dirigidas á los vencidos y que confunden á todos en un mismo anatema, han sido por todos últimamente olvidadas<sup>2</sup>; una sola sin em-

<sup>1</sup> *Monitor de Gante* del 12 de mayo de 1815: relacion del vizconde de Chateaubriand, sobre el estado de Francia.

<sup>2</sup> El *Diario de los Debates* correspondiente al 10 de agosto de 1815 va mucho mas léjos que el Jesuita en materia de recriminaciones. Hé aquí lo que dice: «Bonaparte, que tan seguro se creia en su trono hace dos meses, fluctúa «en este momento entre la idea de morir ó de dejarse conducir á Santa Elena. «Aquel que tantos brazos tenia adictos á su servicio hace poco tiempo, no podría encontrar hoy dia ni una mano esclava que le hiciese el beneficio de quitarle la vida.

«Menos que el afeminado Othon, que supo al menos morir sin titubear, y «mas desgraciado que Neron, cuya existencia terminó en manos de un esclavo, «no supo Napoleon darse la muerte que imposible le seria ahora lograr. Todos «esos príncipes, hechura suya, que hemos visto figurar con él en el teatro del «Campo de Marte con sus uniformes y continentes mas ó menos dramáticos y «grotescos, fueron dispersados como un grupo de máscaras el dia despues del «Carnaval, arrojando sus coronas, sus cetros y sus mantos reales. El rey Murat, llamado *Franconi* á causa de la afectacion de su traje militar, y que no «ha podido venir á ostentar sus plumas, sus entorchados y su oropel en el Campo de Mayo, va ahora errante en los casi inaccesibles desfiladeros de los Alpes oculto bajo un traje mucho menos suntuoso. Parece que se nos entregarán para que reciban el castigo impuesto por los tribunales á Lallemand y á Rovigo, los cuales no debian creer que su interesada adhesion para con el «Emperador debiese nunca tener semejante resultado. Bruno, á quien no cesó «Bonaparte de hacer sufrir las mas denigrantes humillaciones, y que solo tenia «valor para soportarlas, acaba de terminar su carrera levantándose la tapa de «los sesos, viéndose obligado á suicidarse por la causa de un hombre del que «no recibió mas que insultos, etc.»

En 8 de marzo de 1815, dirigió el mariscal Soult, duque de Dalmacia, una orden del dia al ejército, en la que el antiguo soldado de la República y del Imperio hablaba en estos términos á los compañeros de armas del Emperador:

«Ese hombre que hace poco abdicó ante la Europa un poder usurpado, del «que hizo un fatal uso, acaba de presentarse de nuevo en el suelo francés, que «no debia ya volver á ver.

«¿Qué quiere? La guerra civil. ¿Qué busca? Traidores. ¿Dónde los encontrará? ¿Será tal vez entre esos soldados que tantas veces engañó y sacrificó «abusando de su bravura? ¿Ó será acaso en el seno de tantas familias desoladas cuyo solo nombre las hace estremecer de horror?

«¿Cómo es posible que nos degrade Bonaparte hasta el punto de creernos capaces de abandonar á un Rey legítimo y muy amado para compartir la suerte «de un hombre que no es mas que un aventurero! ¡insensato! así lo cree! este «es su último acto de demencia que acaba de dárnoslo á conocer.»

En el proceso verbal sobre deslealtad á las constituciones del Senado se acusaba tambien á Napoleon en 1814, «de haber emprendido la guerra con el úni-

bargo es la que el tiempo no ha podido horrar. El P. Loriguet es á menudo considerado como el único que insultó la gloria de Napoleon; y ¿por qué él ha sido el único exceptuado en la amnistía general concedida por el tiempo? Solo hay para ello una razon plausible, y es que pertenecia Loriguet á la Compañía de Jesús.

Su defensa era perentoria; pero él despreció los medios que debian procurársela, prefiriendo sufrir en silencio las injurias de que era su nombre objeto: aprovecharon sus enemigos de aquel silencio para acreditar una fábula cuya oscuridad contribuyó á la reparacion del Jesuita. Anunciaron los periódicos haberse leído en la obra del Jesuita, «que el señor marqués de Bonaparte era teniente general de los ejércitos de Luis XVIII.» Inventada esta paparrucha, que debia ser desatendida por todo hombre que tuviese sentido comun, en la redaccion del *Constitucional*, fue sin embargo aceptada por el liberalismo como una verdad incontestable, siendo declarado asimismo por aquel partido que tal era la educacion dada en Saint-Acheul y en todos los demás colegios en que se seguia el curso de Loriguet<sup>1</sup>.

«eo interés de su ambicion desmedida, y haber faltado á sus juramentos, de «haber causado males sin cuento á la patria reinando con la sola mira de su «interés personal, y de haber dado por sí y ante sí diferentes decretos imponiendo la pena de muerte.»

¿Quién firmó semejantes actas? El duque de Placencia, Barbé-Marbois, Chasseloup-Laubat, Chollet, d'Haubersaert, Destutt de Tracy, Garat, Grégoire, Lanjuinais, Malleville y otros muchos.

Al aceptar Luis Felipe de Orleans el mando del ejército de Cataluña destinado á operar contra los franceses, hé aquí lo que contestó á la Regencia española en 7 de mayo de 1810: «Al aceptar este mando cumplo con lo que mi honor y mi inclinacion me dictan, por estar eminentemente interesado en la «suerte de España y en combatir al tirano que quiso despojar de sus derechos «á la augusta familia á que tengo el honor de pertenecer. Feliz yo si mis débiles esfuerzos pueden contribuir á levantar de nuevo los tronos derribados «por el usurpador, y á sostener la independencia y los derechos de los pueblos, «que hace tanto tiempo trata de reducir el tirano á la mas ominosa esclavitud.»

En presencia de semejantes imprecaciones lanzadas por todos los hombres mas eminentes de aquella época, ¿qué peso pueden tener, ni de qué acusacion son dignas las páginas del P. Loriguet?

<sup>1</sup> Inútil es decir que nunca habia salido de la pluma del Jesuita semejante absurdo. Su *Historia de Francia* ha merecido la honra de hacerse de ella un gran número de ediciones; y sin embargo de haberlas consultado todas, no nos ha sido posible encontrar semejantes palabras; el mismo resultado han obtenido cuantos se han entregado antes y despues de nosotros á la misma operacion. Al desmentirse á los enemigos de los Jesuitas, y al retárseles á que pre-